

ENTREVISTA WALTER ANTILLÓN MONTEALEGRE, PROFESOR EMÉRITO DE LA FACULTAD DE DERECHO DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

Entrevistado: Walter Antillón Montealegre
Profesor Emérito de la Facultad de Derecho de la UCR

Entrevistador: Gustavo Chan Mora
Profesor de la Maestría en Ciencias Penales de la UCR.

RESUMEN: El día 2 de noviembre del año 2012 se tuvo el honor de realizar una entrevista a don Walter Antillón Montealegre, profesor emérito de la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica, con motivo de la celebración de sus ochenta años de edad. La entrevista fue realizada por el profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica, Gustavo Chan Mora. En la entrevista se recogen muchas de las anécdotas, recuerdos y vivencias del distinguido jurista costarricense. Como parte de estas memorias el profesor Antillón relata recuerdos de su infancia. De sus primeros años de estudio del Derecho y la descripción de la Facultad de aquellos años. Sus estudios de posgrado en la Universidad de Roma en Italia. Sus años de docencia en la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica y el modelo de Facultad que añoró establecer, así como las advertencias sobre la docencia actual en la Facultad de Derecho y la necesidad de alcanzar aquello que llama “vida académica”. Además, sus años de labor en el Poder Judicial así como también posteriores labores en el ejercicio libre de la profesión. Sus años de trabajo en Nicaragua dedicado a la construcción de un sistema de justicia para el pueblo nicaragüense después de la Revolución Sandinista. Los recuerdos y vivencias junto a distinguidos juristas y amigos suyos como Luigi Ferrajoli, Alessandro Baratta, Perfecto Andrés Ibáñez entre otros. Además, el profesor Antillón, siempre con su compromiso con el Derecho, la justicia y la democracia, recuerda que pese a la incertidumbre y lo sombrío que puedan parecer los tiempos actuales tanto en el mundo como en Costa Rica, siempre habrá espacio para la esperanza, que esta es constitutiva y que los

cambios no son una gracia o regalo sino que se debe luchar por ellos para alcanzarlos.

Se celebra junto con el profesor Antillón no sólo sus ochenta años de edad, sino además todo su legado y compromiso con el Derecho y la justicia, valores por los cuales siempre se ha preocupado y por los cuales ha trabajado con pasión a lo largo de esos años que hoy día son dignos de admiración. El legado del maestro Antillón para el Derecho y la justicia es digno del más alto reconocimiento y respeto. En la celebración de sus ochenta años se celebra también ese legado; legado que no se agota en ochenta años, sino que tendrá enorme eco en la posteridad, por todos los años venideros mientras se predique del Derecho y de la justicia en Costa Rica.

PALABRAS CLAVE: Derecho, Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica, vida académica, Revolución Nicaragüense

ABSTRACT: On November 2nd 2012, we had the honor of interviewing Walter Antillón Montealegre, emeritus professor at the University of Costa Rica; on occasion of his eightieth birthday. The interview was in charge of Gustavo Chan Mora, professor at the Law School of the University of Costa Rica. The interview contains anecdotes, memories and experiences from the Costa Rican jurist. Professor Antillón retells childhood memories; his first years at Law School, and how it was back in the day. His postgraduate studies at The University of Rome, Italy. His years of teaching at the Law School of the University of Costa Rica and the Faculty model that he wanted to establish; as well as his warnings on today's way of teaching and the need to achieve what he calls "academic life". He also talks about his years working in Judiciary, as well as his years working freelance. The years he spent in Nicaragua building the justice system after the *Sandinista* Revolution. He also cherish the memories along the distinguished jurists and his personal friends Luigi Ferrajoli, Alessandro Baratta, Perfecto Andrés Ibáñez, among others. Also, professor Antillón, who is deeply committed to law, justice and

democracy, states that even tough things may seem uncertain on the world as well as in Costa Rica, there's always a place for hope, but is necessary to fight for it, because change will not come as some sort of gift, is necessary to work in order to achieve it.

Professor's Antillón eighties is not the only thing that is worth of celebration and honor, his legacy and commitment to law and justice are also celebrated. Values that had always concerned him and that he had worked passionately to achieve them along the years. Professor Antillón's legacy is worthy of the highest respect and recognition. In his eighties is also celebrated his legacy, a legacy that will not end in eighty years, it will last while the preaching of law and justice endures in Costa Rica.

KEYWORDS: Law, Law School of the University of Costa Rica, academic life, Nicaraguan Revolution

Fecha de realización de la entrevista: 2 de noviembre de 2012.

Fecha de recepción: 7 de noviembre de 2012.

Fecha de aprobación: 12 de noviembre de 2012.

Gustavo Chan: ¿Dónde nació don Walter Antillón? Háblenos un poco de su familia y de sus recuerdos de infancia.

Walter Antillón: Yo nací en San José en casa de mis abuelos maternos, que vivían detrás de la Iglesia de la Soledad; porque cuando yo nací mis papás tenían una finca en la zona de Orosí, se llamaba Tapantí; y allá vivíamos. Cuando mamá estaba por parir la trajeron a San José, a la casa de los abuelos; y a los 40 días de nacido regresé en mula a Tapantí y allá pasé mis primeros años.

Gustavo Chan: ¿Qué recuerdos tiene de esas primeras nociones, esa primera intención que surgió en usted por estudiar Derecho?

Walter Antillón: Yo era muy aficionado al dibujo. Con frecuencia cuando era alumno del Liceo, pensé que una cosa que me gustaría sería estudiar arquitectura. El Derecho me entró como en cuarto año del Liceo. Teníamos un profesor de Historia bastante improvisado, no era un gran historiador ni nada, pero era un tipo que sabía ponerle mucha vida a sus clases y yo me enamoré de la Historia y, por ende, de la vida social. De pronto encontré que tenía mucho sentido trabajar en algo que estuviera inmerso en la vida social, entonces empecé a pensar en el Derecho. Precisamente cuando terminé mi cuarto año del Liceo compré en la librería Lehmann las Instituciones del Derecho Romano de Bonfante y empecé a leerlas. Entonces cuando era alumno de quinto año de bachillerato ya yo había leído el primer libro de Derecho: el Bonfante, que lo recuerdo para siempre, es una lectura que siempre me ha acompañado. Después ingresé a la Facultad.

Gustavo Chan: ¿En qué año ingresó a la Facultad?

Walter Antillón: Creo que en el año 50 o 51, no me acuerdo muy bien. De pronto me apasionó la idea de la convivencia y de la justicia. A esas edades de pronto un día desperté marxista sin saber que existía una persona llamada Marx, porque de pronto me cayó la conclusión o la evidencia de que vivía en un mundo muy injusto. Mi familia directa nuclear, mis padres, era gente acomodada; pero más allá, en el resto de la familia había muchos que eran muy ricos. Y de pronto se me hizo claro que todo eso era injusto, que en la sociedad habían algunos que estaban viviendo bien a costa de otros que estaban viviendo muy mal, entonces mi vocación jurídica nació a la par de mi vocación comunista. Fueron dos cosas que se juntaron y bueno, no se han separado todavía.

Gustavo Chan: ¿Cómo era esa Facultad en la que usted estudió?

Walter Antillón: La Facultad estaba en el centro de San José, donde está ahora el edificio del OIJ. Era un viejo edificio neoclásico muy lindo con columnas y capiteles, construido por mi tío José Francisco Salazar en los años 30: esa era la Facultad de Derecho. Tenía un patio central y alrededor las aulas y las oficinas administrativas, era una Facultad muy sencilla, los alumnos creo que seríamos, poniéndole mucho, tal vez 400. La carrera llegaba hasta sexto año. La Facultad de aquel momento, en mi criterio era malísima, los profesores eran improvisados, porque acababa de ocurrir la Revolución de Figueres y la derrota de Calderón y como consecuencia de eso hubo un asalto a la Universidad de parte de los figueristas y la expulsión de los viejos profesores a quienes se les atribuía de algún modo ser mariachis. Por ejemplo, en sustitución de Don Rómulo Tovar que era el profesor de Derecho Constitucional y era una figura importante, un hombre con grandes conocimientos, vino un señor que mejor no digo el nombre..., que no sabía nada de la materia. Bueno, a mi me toco todavía un poco pescar algunos buenos profesores, como don Alberto Martén que era de los figueristas pero era muy bueno, fue profesor mío de Economía política. Pero en general la Facultad era muy mala, y es que no podía ser menos porque no había profesores propiamente dichos; los llamados profesores eran abogados y jueces que venían una hora al día a dar su clase a la Facultad.

Gustavo Chan: Don Walter pero en eso no hay mucha diferencia con lo que hay ahora, en la actualidad.

Walter Antillón: Bueno no sé exactamente, yo sé que ha retrocedido muchísimo, porque nosotros en los años setentas, sesentas y setentas, conseguimos enviando más de 50 personas a hacer posgrado, conseguimos que la Universidad nos diera tiempos completos, al punto de que llegó un momento en que éramos mayoritariamente tiempo completo; luego había un grupo más pequeño de medio tiempo; y los profesores horarios eran contados con los dedos de la mano: dos o tres en toda la Facultad.

Gustavo Chan: Sobre ese mismo tema. ¿Qué opina usted de una Facultad que está basada precisamente en la enseñanza mediante profesores que le dedican a la Facultad solo un tiempo residual?

Walter Antillón: Naturalmente que eso tiene que ser un enorme fracaso y es una gran irresponsabilidad, la responsabilidad que eso implica no la asumen. Los estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica son de muy baja calidad, en mi criterio.

Eduardo Ortiz y yo estudiamos en Italia al comienzo de los sesentas y regresamos con una idea muy fuerte en la cabeza que era cambiar la Facultad, pero yo creo que nosotros mismos no entendíamos con toda claridad todo lo que había que hacer para lograr lo que queríamos. Habíamos visto cómo funcionaba una Facultad seria, que era la Facultad de Derecho de la Universidad de Roma donde los dos estuvimos estudiando; pero teníamos que haber vivido ahí creo yo muchos años para poder darnos cuenta cabal con todos los detalles de lo que significaba hacer funcionar aquella institución. Esa clara conciencia tanto en Eduardo como en mi se ha producido después con los años, después de pensar mucho en los problemas de una Facultad de Derecho y de pensar mucho, retrospectivamente, en lo que nosotros vivimos; y creo que en los que nos faltó claridad aunque tuvimos la intuición, fue cómo asegurar permanentemente una cosa que la Facultad nuestra no tiene: la vida académica. Creo que la llegamos a tener durante un corto tiempo en aquella época de auge en que tuvimos aquel gran número de profesores de tiempo completo, o sea todos estábamos ahí todo el día, investigando y discutiendo entre todos sobre las distintas disciplinas.

La vida académica fue lo que en realidad nosotros vimos y vivimos en Italia. La Facultad italiana estaba en aquel tiempo, dividida en institutos y los institutos eran la verdadera Universidad. Por ejemplo, la decanatura era un órgano más bien simbólico: allí lo que contaba era el instituto. El director del instituto tenía un muy buen presupuesto, tenía instalaciones amplias, tenían enormes bibliotecas especializadas, tenía su secretariado, y sobre todo sus asistentes. Yo fui una

especie de asistente extranjero, me hicieron un campito en el Instituto de Derecho Procesal, y entonces pude ver esa vida académica, pude ver la cotidianeidad; o sea, eso de estar uno siempre en el Instituto con un programa trabajando, con reuniones con el maestro y con los compañeros asistentes, la jerarquía dentro de los asistentes, los asistentes viejos que ya eran realmente maestros consumados que sólo estaban esperando una plaza o una llamada, que los llamaran de alguna Facultad para empezar su trabajo, que ya habían hecho su 'monografía' para obtener la "libera docenza", una especie de licencia para enseñar que se adquiere con lo que, a juicio de la doctrina, constituye una obra maestra, una monografía con un enorme grado de excelencia (Chan: la tesis de habilitación alemana) exactamente.

Esa vida, es lo que yo creo que falta. En la Facultad de Derecho ha faltado casi siempre, ha habido creo yo muy pocos momentos en los que tuvimos esa vida muy grata, muy agradable y estimulante que era la convivencia cotidiana entre los profesores tratando los temas del Derecho. Hacíamos nuestras reuniones y nuestras conversaciones que se prolongaban discutiendo temas importantes. Pero en las Facultades italianas eso se produce en el interior de cada instituto, entonces las conversaciones son conversaciones que tratan los temas de una materia específica con lo cual uno con el tiempo llega a conseguir una profundidad enorme porque cada discusión es un reto y un montón de cosas que uno no conoce: uno va en carrera a la biblioteca a ver si puede ponerse a la altura. Ese reto era cotidiano y era una cosa enormemente estimulante. Yo viví eso y creo que Eduardo también lo vivió; y pues nosotros vinimos con la idea de poner eso a funcionar. Y conseguimos mucho, pero fallamos en una cosa fundamental, que fue en lo siguiente; debimos haber comprometido a la Universidad para sostener a los profesores por períodos más largos a partir del momento en que regresaban de sus estudios. Nuestros contratos los sostenían dos años nada más. Claro que entonces pasaba, que a los dos años alguien se los llevaba, un bufete, entonces se acababa su aporte; podían seguir siendo profesores pero de pronto ya querían ser de medio tiempo de cuarto de tiempo, finalmente se iban desligando (Chan: y así se fue diluyendo el proyecto que habían trazado usted y don Eduardo) también

por otras razones: cuando nosotros dejamos la dirección de la Facultad, hubo un abandono deliberado de los planes estos de parte ya de otros decanos que llegaron después; que ya pensaban en otras cosas yo no sé en qué. Entonces, esa Facultad se fue perdiendo, lo poquito que nosotros logramos montar. Y bueno después de eso ya ha venido esta cosa que desde luego es la dispersión: hemos llegado a algo parecido a la Facultad en la que yo estudié, o sea, cada profesor viene, da una clase a un grupo y se va corriendo a sus cosas; entonces se relaciona superficialmente con sus alumnos; y no tiene ningún contacto con otros profesores ni tiene asistentes, eso pues realmente es la negación de la vida académica. La vida académica era una cosa admirable, yo lo recuerdo con tal gusto, aquello de venir después de almuerzo, encontrarse a un compañero tomarse un café en la mesa de la biblioteca consultando un libro discutiendo un problema, en la tarde hacer una reunión con los asistentes y que los viejos asistentes te expusieran un problema y salieras de ahí lleno de motivaciones a meterte a la biblioteca hasta que ya cerraran. Esas cosas no existen, simplemente no existen aquí. Entonces ¿cómo puede progresar una Facultad si no hay pensamiento, si no hay pensamiento sostenido sobre la problemática de cada materia? Ese es el problema principal, en mi criterio.

Y bueno naturalmente la Universidad es una Universidad relativamente pobre, asediada, que cada vez le niegan y le quitan recursos, en este momento la idea oficial es ver cómo acaban con la Universidad pública, para entregar todo a las Universidades privadas que son comerciales, que no les interesa la vida académica sino que son fábricas de títulos con el objeto de lucrar, y de suplir las necesidades de la expansión de las transnacionales. Esa es digamos, la perspectiva futura de este país y de la educación de este país. Bueno pero yo creo que hay que dar esa pelea para cambiar.

Gustavo Chan: Don Walter hablemos de otras dimensiones, de su experiencia profesional. Después de egresarse a qué se dedicó usted, trabajó usted en el poder judicial, o antes de eso ¿qué hizo?

Walter Antillón: Yo hacía mi práctica en el Poder Judicial desde que era estudiante y a mí me gustaba mucho el trabajo judicial. Tuve la suerte de ser el asistente de don Ulises Odio, y en los últimos años don Ulises me entregaba una parte de sus procesos que no eran los más difíciles claro, sin embargo a veces me ponía cosas difíciles también, para que yo hiciera los borradores de las sentencias. Eso me enseñó muchísimo, y sobre todo me hizo un adepto al Poder Judicial, de modo que cuando yo egresé, para mí lo más natural del mundo fue que me nombraron, primero alcalde en Limón, después fui juez en Golfito, después me trajeron a San José y en ese momento fue que tuve la oportunidad de ir a Italia; pero cuando regresé, regresé de nuevo al Poder Judicial, y estuve muchos años, estuve 16 años en total en el Poder Judicial.

Gustavo Chan: ¿Por qué dejó la labor del Poder Judicial?

Walter Antillón: A uno se le pegan ciertas dignidades y ciertos orgullos que son ajenos, talvez era presuntuoso de mi parte aspirar a tanta dignidad, pero yo cuando egresé de la Facultad dije: yo quiero ser juez, pero no pienso ir a hacer la romería en las oficinas de los magistrados para que me nombren en cualquier cargo; si me nombran que sea porque les parece que trabajo bien, si no pues que no me nombren. Entonces, ¿cómo fue que se produjeron mis nombramientos? por cuestiones puramente circunstanciales, a Limón me llamaron porque el alcalde de Limón había cometido unas irregularidades con unos dineros, entonces la Corte en vez de meterlo a la cárcel, lo pensionó, y entonces yo fui allá y me hice cargo de la alcaldía. Luego, a Golfito me pasaron por algo parecido. El juez entró en un conflicto con todos los abogados, porque a ese juez le había dado por cobrar muchísimo por las diligencias, incluso inventaba diligencias para cobrar más. Era una especie de fanático religioso, a su manera, porque él creía mucho en la profecía de un cura, el cura le había dicho que él se iba a hacer rico en Golfito, entonces él decidió que él tenía que hacer realidad esa profecía y la manera de hacerlo fue precisamente cobrar sumas enormes por las diligencias judiciales. Entonces los abogados no soportaron más y plantearon el asunto a la Corte. La

Corte no lo despidió, lo nombró en otra parte y me llevó a mí allí a Golfito sin que yo lo hubiera pedido, y ahí estuve. Y bueno cuando llegué me encontré con un juzgado que tenía 2 meses de que no se dictaba una sentencia porque el hombre este lo que hacía era practicar inspecciones oculares bien remuneradas y rezar. Tenía una especie de altar en su despacho y allí rezaba. Entonces la cuestión es que después de Golfito quien me trajo a San José fue don Ulises Odio que ya era magistrado, me parece. Entonces yo hasta ese momento nunca había tenido que pedir nada a los magistrados y yo decía no, sigo así, si no me nombran pues nada pero yo nunca voy a ir a pedirlo, me parece que es una cosa espantosa para un juez. Un juez no puede sentirse bien después de hacer esas cosas, un juez tiene que sentirse muy bien, tiene que sentirse muy cómodo con su conciencia y a mí me parecía que era incompatible, entonces nunca lo hice y finalmente fui postergado muchas veces. Entonces decidí renunciar como así, de un día para otra, al punto de que no tenía yo ni siquiera una máquina de escribir cuando renuncié.

Gustavo Chan: En alguna ocasión nos contaba usted la anécdota de cuando trabajó por el lado de Guanacaste. ¿Cómo se dio eso?

Walter Antillón: Eso fue muchos años después. Cuando dejé la Corte... por cierto que por muchos años conservé los telegramas de personas que yo respetaba en donde me decían que les parecía deplorable que dejara la judicatura y que consideraban que era una pérdida para el Poder Judicial: uno era el presidente de la Corte don Fernando Baudrit, el otro don Ulises Odio, el otro don Fernando Coto Albán, y el otro era don Juan Jacobo Luis, que era el presidente de la Sala I. Me salí y sin embargo la Corte me nombró juez superior suplente, y después la Asamblea Legislativa me hizo magistrado suplente. Entonces en cierto modo quedé siempre un poco ligado al Poder Judicial por unos años más, pero mientras tanto pues ya me dediqué a la abogacía. Me llamaron de un bufete muy acreditado donde me dieron todo, yo no tenía nada ni siquiera un escritorio ni una maquina, ellos me dieron todo, una oficina muy buena con todo listo, incluso me dieron

juicios, al comienzo me pasaron un poco de juicios que ellos tenían ahí.

Y bueno la pasé muy bien en el sentido económico, porque de pronto empecé a ganar dinero, lo que era imposible con el sueldo de juez en ese tiempo, yo no sé si ahora se podrá, pero en ese tiempo ganábamos muy mal. Empecé a ganar mucha plata. Pero al comienzo de los setentas, así como al 75 yo ya estaba en una crisis de conciencia fuerte, porque de pronto me empezó a pesar mucho el hecho de servirle a las empresas, incluso varias trasnacionales, Empecé a pensar que no, que no era posible que yo hiciera eso, y de ese modo entonces me salí de ese bufete.

Fundamos otro bufete en ese momento, me entusiasmaron Rodolfo Piza (el viejo) Álvaro Fernández, Mario Granados, Juan José Sobrado, entonces estuve con ellos en un bufete nuevo de abogados bastante buenos como abogados. Sin embargo yo empecé a atender ahí en ese bufete clientes muy pobres que no me pagaban. Cuando mis compañeros empezaron a ver unos viejillos muy mal vestidos y unas señoras ahí con canastos haciendo antesala a la par de los inversionistas clientes de ellos empezaron a sentirse mal, y un día me dijeron que si no cambiaba de clientes entonces era mejor que buscara otra parte, Mis queridos amigos me sacaron del bufete.

En esos días se estaba cocinando la idea de hacer un bufete para los trabajadores; con Arturo Fournier, con Antonio González que trabajaba en Derecho Laboral, Bernardo Chinchilla, Luis Guillermo Herrera; Álvaro Montero Vega y otros compañeros, fundamos el departamento legal de la CGT, y ahí fue donde me tocó a mí viajar a Guanacaste. Asignaron las zonas de cada uno y a mí me tocó Guanacaste, hubiera agarrado cualquier otra no era que yo la pedí, cualquier otra hubiera sido. Pero bueno fue muy lindo para mí ese trabajo, era un trabajo compartido con mi trabajo en el bufete y en la Universidad. Siempre seguía dando clases en la Universidad. Iba al bufete ya al atardecer, y a Guanacaste iba los fines de semana, me iba el viernes en la noche a dormir en Liberia y allí a las 7 de la mañana ya me estaba esperando una fila enorme de gente para que los atendiera, gente humilde de la zona a quienes dábamos servicio. Después ese mismo día en la tarde me iba para Nicoya y amanecía domingo en Nicoya

atendiendo también la gente de allí, y el domingo en la tarde regresaba a San José. Así fue, cada 2 semanas viajaba a Guanacaste en esas condiciones, fue una experiencia preciosa. Ahora no lo haría, me faltan aquellas energías que uno tiene, bueno yo no era tan joven tenía más de 40 años en ese momento, pero bueno no es lo mismo 40 que 80.

Gustavo Chan: Este año, don Walter, celebramos con usted sus 80 años, pero además celebramos muchos años de docencia, en qué año comenzó usted a dar lecciones.

Walter Antillón: Empecé en el año 62 hace más de 50 años.

Gustavo Chan: ¿Qué anécdotas interesantes o divertidas recuerda usted en su experiencia como profesor de la Facultad?

Walter Antillón: Bueno recuerdo muy bien a los alumnos de los primeros grupos, que ahora ya están todos jubilados, ya son unos viejos, todos de la tercera edad, los recuerdo muy bien con mucho cariño. Una cosa interesante es comprobar cómo esas personas son ahora de la misma manera que eran cuando entraron a la Facultad, o sea uno los recuerda entonces y los ve ahora y son exactamente la misma persona no han cambiado nada. Bueno ahora están más viejos y la apariencia física puede cambiar; están más gordos, calvos etc., pero igualitos en su carácter, en sus gestos, en sus modos son exactamente lo mismo. Yo con mis alumnos en general pero sobre todo con esos antiguos tengo lazos muy fuertes, bueno algunos los he perdido de vista. Tuve grupos muy buenos, grupos estupendos de alumnos brillantes, como el grupo de Gerardo Trejos. Lo recuerdo particularmente como un grupo muy brillante. Entonces yo daba una clase que era Teoría del Estado, que era un curso muy duro, los alumnos cuando pasaban, pasaban raspando y ese grupo siempre mantuvo unas notas brillantes, unas notas altísimas en la materia. Claro para un profesor es sumamente gratificante encontrar a un grupo que entienda lo que está diciendo y lo emula y lo estimula;

fue una año muy bueno. Estaba allí, además de Gerardo Trejos, Marina Volio, Fernando Barquero, Víctor Ramírez que era muy inteligente, Enrique Castillo que es el canciller actual, después estaba Fernando Berrocal el candidato, Rodrigo Barahona, Luis Garita el rector, Marco Vinicio Tristán que es banquero, se ha dedicado más que todo a los negocios. Y bueno serían veinte personas pero de los veinte solo había uno o dos que fallaban y además era terrible porque contrastaban tanto con el nivel altísimo de la mayoría que era una tragedia para ellos, pienso yo.

Gustavo Chan: Don Walter, cómo fue su experiencia en Nicaragua, sabemos que usted estuvo trabajando por Nicaragua, cuéntenos de su trabajo en Nicaragua y cómo lo marcó eso en su vida.

Walter Antillón: Sí, bueno yo empecé a trabajar por la Revolución nicaragüense estando aquí. Yo naturalmente por mis ideas era del partido Vanguardia Popular, y la gente de Vanguardia estaba muy conectada con la lucha del Frente Sandinista. También en esos años me casé con mi segunda esposa que era de padres franceses pero nacida en Nicaragua y era del Frente Sandinista; entonces empecé a trabajar con ellos. Empecé a reunirme sistemáticamente con un grupo de colegas nicaragüenses exiliados y elaboramos los primeros documentos legales para la Revolución, porque se veía venir que íbamos a triunfar.

Entonces redactamos un Estatuto de derechos y deberes de los nicaragüenses, y un Estatuto fundamental que era así como la parte orgánica: ambos Estatutos componían una especie de Constitución; pero no la llamamos constitución. Y así redactamos también una docena de leyes relacionadas con la emergencia del triunfo revolucionario, con el momento en que el Frente Sandinista tomaría posesión del gobierno; de ese modo me involucré en el proceso, al punto de que al día siguiente del triunfo yo ya estaba en Managua.

Trabajé primero con el Ministerio de Planificación durante un año, y después me llamó la Corte Suprema para que trabajara con ellos. Entonces trabajé con la Corte en la elaboración y ejecución de proyectos para construir una organización

judicial que respondiera a los ideales de la Revolución y ese fue mi trabajo principal en Nicaragua. Durante 8 años estuve trabajando en Nicaragua fue una etapa para mi maravillosa, sobre todo los primeros años.

El pueblo nicaragüense en ese tiempo se identificó con la Revolución, de pronto vieron que era posible un gobierno para el pueblo, un gobierno al servicio del pueblo. Eso entusiasmo muchísimo a grandes cantidades de personas que se metieron a trabajar fuerte en apoyo de la Revolución. Ese fervor se fue perdiendo con el tiempo; pero en los primeros años, sobre todo en los primeros meses la efervescencia, el entusiasmo, la mística eran admirables, la gente trabajaba sin paga, había gente que se metía a atender una oficina y a los tres o cuatro días caían desmayados porque no habían comido, no habían dormido, se olvidaban de todo con tal de hacer su trabajo.

En la vida de la Revolución Sandinista yo vi cosas muy lindas; qué sé yo, en el Ministerio de Planificación teníamos una especie de regionalización y teníamos una gente que trabajaba en diferentes departamentos y una vez visitamos Chinandega a encontrar la persona que nosotros habíamos mandado allá y en esos días había una peste de conjuntivitis, una conjuntivitis hemorrágica terrible, con calenturas altísima: la gente se ponía malísima y cogían cama y todo. Llegamos a Chinandega y encontramos a este compañero con una conjuntivitis que los ojos eran como pedazos de carne, casi no los podía abrir pero estaba sentado trabajando en su escritorio, y entonces le dijimos: ¿cómo está usted trabajando de esta manera? ¡Váyase a descansar! Y él dijo una frase que a mí me dejó estupefacto y que guardo en mi memoria para siempre; dijo: “a eso yo no le pongo mente”. Lo cual da un poco la idea de lo que era el entusiasmo y la mística por la Revolución.

Para mí la Revolución Sandinista representó en aquel momento la posibilidad de la construcción de una sociedad y de un ser humano distintos: de un ser humano fraternal, con un pensamiento solidario, con una preocupación por la justicia; un ser humano abierto al mundo, todo lo contrario de lo que uno estaba acostumbrado a ver en la propia Costa Rica y en todas partes, la gente trabajando mezquinamente por sus intereses y pisoteando los intereses de los demás,

abriéndose a codazos un camino hacia la riqueza y el poder. En esos primeros tiempos en Nicaragua yo vi un panorama en ese sentido, completamente nuevo, completamente diferente; y me llenó de esperanza. Por desgracia eso se perdió; para que esto ocurriera hay mil razones que sería difícil resumir.

Gustavo Chan: Sabemos de su amistad entrañable con grandes maestros del Derecho como Luigi Ferrajoli, Alessandro Baratta, como el profesor Winfried Hassemer; ¿qué puede usted contarnos de esa amistad?

Walter Antillón: Quiero recordar que los primeros grandes juristas extranjeros con quienes entablé una relación que luego se trocó en amistad fueron mi tutor don Santiago Sentís Melendo y mis maestros Salvatore Satta y Gian Antonio Micheli; y a través de ellos con Riccardo Orestano, Massimo Severo Giannini, Gino Gorla, Mauro Cappelletti, Elio Fazzalari, Giovanni Pugliese, Paolo Barile, Piero Verrucoli, Michele Giorgianni, Nicola Picardi.

En cuanto a las amistades nacidas en Nicaragua, bueno, yo creo que la amistad tiene esas cosas misteriosas. Yo no creo que yo sea un jurista de las dimensiones de mis queridos amigos Ferrajoli, Baratta, Hassemer, Zaffaroni, Bergalli, Perfecto Andrés o Julio Maier, que son talentos realmente excepcionales; pero tuvimos un comienzo de amistad sobre la base de una identidad de ideales. Cuando empecé a trabajar con la Corte Suprema de Nicaragua había en el Mundo mucho interés en ayudar a la justicia en Nicaragua. Entonces una serie de instituciones y embajadas querían participar de algún modo en el esfuerzo para que hubiera en Nicaragua una justicia distinta; entonces pude contar con financiamientos bastante buenos para hacer muchas actividades, de ese modo hicimos tres o cuatro seminarios en el curso de unos pocos años, abordando diferentes grandes temas de la justicia, y a esos seminarios tuve la oportunidad de invitar a muchos de estos compañeros que siguen siendo mis amigos.

A Luigi Ferrajoli no lo conocía a pesar de que cuando yo estaba en Italia en los años 63-64, Ferrajoli era estudiante de los últimos años y asistente en el Instituto de Filosofía del Derecho; era muy joven, porque Luigi es diez años menor que yo.

No le conocí en ese momento, lo conocí ya después por sus notables publicaciones, de modo que cuando tuve la ocasión de organizar esos seminarios entre las personas que invité fue a Luigi, y ahí nos conocimos en persona, creo que en el año 80 u 81, no me acuerdo, por ahí. Y bueno desde entonces hemos tenido una relación muy buena, él ha venido algunas veces a mi casa y yo a la suya, yo más que él, me he aprovechado mucho de la hospitalidad, pero he estado ahí tiempitos así prolongados mientras estoy dando alguna charla o haciendo algo en la Universidad de Roma, casi siempre he estado en su casa. Todavía cuando voy ya trato de no ir allí: me da mucha pena, pena retrospectiva, haberme aprovechado tanto. Entonces, bueno, los que ahora me invitan me pagan un hotel o algo así, pero uno de esos días aparece Luigi en la puerta buscándome para que vayamos a pasear. Con frecuencia hacemos un paseo dentro de Roma, en los suburbios, que es como una especie de rutina: él me lleva a alguna parte de Roma que a mí me guste en especial. Yo Roma la conozco mucho, la ciudad; porque en fin, la recorrí entusiásticamente en aquellos años jóvenes; entonces a él le gusta llevarme a algún punto, qué sé yo, vamos a la Vía Apia por ejemplo, que es una antigua calle de la época de la República Romana, construida varios siglos antes de Cristo, pero ahí está; y vamos y vemos los monumentos de la Vía Apia y después comemos por ahí, o en su casa. Vamos a un barrio, vamos a la Roma vieja. Una de las últimas veces que estuve en Roma fuimos al Monte Aventino que me trae muchos recuerdos, etc. En estos últimos años no nos vemos casi nunca y nos escribimos poco: él está muy ocupado, y yo mismo también, pero bueno siempre con mucho afecto.

Otro compañero a quien invité en esos años y ha sido como un hermano es Perfecto Andrés Ibáñez. Cuando Perfecto era juez en Logroño, en una ocasión yo estaba en Madrid con unos compañeros, y entonces le avisaron, y Perfecto se vino esa noche después del trabajo, se vino de Logroño, que queda lejísimos, y nos encontramos a las 2 de la mañana cuando él llegó directo a la casa donde estábamos. También cuando voy a España me quedo en su casa indefectiblemente, y conservamos una relación bastante más frecuente.

Tengo otros amigos de aquellos tiempos, que sé yo: Giuliano Pisapia que llegó a

Managua a tratar de ayudar, a ver qué aportaba. Nos hicimos buenos amigos. Él vive en Milán, yo un par de veces he pasado días en su casa. Es hijo de un gran maestro de la Universidad de Milán: el profesor Gian Domenico Pisapia, que fue catedrático de Derecho Penal y Procesal Penal. Hace algunos años Giuliano se ocupaba de Derecho de Familia; pero también de política: fue diputado y ahora Giuliano es el Alcalde de Milán. Yo no he ido en este tiempo que él es alcalde, creo que no iría a molestar ahí; pero en fin, él es un tipo brillantísimo con quien también conservo una amistad cordial. También Stefano Nesor, abogado excepcional, es uno de los que llegaron en esos años a Nicaragua y desde entonces somos muy muy amigos. Esa convivencia en Nicaragua con abogados, jueces y profesores italianos que vinieron a cooperar produjo una gran cantidad de encuentros amistosos, que siguen alegrando mi vida: Eligio Resta, Salvatore Senese, Franco Ippolito, Edmondo Bruti-Liberati, Franco Maisto y Ana Conforti, Fabrizio Clementi, Tamar Pitch, Giuseppe Coturri, Sandro Schipani, Massimo Brutti, Alberto Filippi, Pierangelo Catalano, Alessandro Pizzorusso, Luciano Violante, Guido Calvi y otros más; así como también ocurrió que otros colegas y antiguos amigos extranjeros más bien se alejaron de mí por mi estancia en Nicaragua. A algunos los invité a ver la Revolución, y no solo no quisieron, sino que decidieron cambiar de amistades

Gustavo Chan: ¿Y con don Sandro Baratta?

Walter Antillón: Con Sandro también, Sandro es otro producto de la circunstancia esa nicaragüense. Sandro Baratta, Catedrático en Saarbrücken, Alemania, estaba con gran entusiasmo por la revolución nicaragüense, entonces en una ocasión tenía que venir a Costa Rica a dar una charla aquí. Estamos hablando del año 82-83. Entonces aprovechó y se fue en autobús hasta Peñas Blancas, y en Peñas Blancas no había ningún medio de transporte automotor que llevara a alguna ciudad en el interior de Nicaragua; entonces alquiló una yegüita llamada 'Despeinada', y cabalgó desde Peñas Blancas hasta Rivas. Ya en Rivas encontró un autobús todo destartado y así llegó Sandro a Managua. Desde entonces nos

hicimos muy amigos y ya pues hasta que murió tuvimos una relación muy buena. Sandro era una persona maravillosa, un hombre además de un enorme talento, un gran corazón. Por eso lo recordamos tanto y por eso también hemos fundado una cátedra que lleva su nombre dentro de la cual tratamos de reactivar y profundizar su pensamiento.

Gustavo Chan: Don Walter ya para ir cerrando con esta conversación. En este momento en que todo parece tan sombrío en la política, en la economía en la realidad, ¿queda espacio para la esperanza?

Walter Antillón: Sí, yo creo que la esperanza es constitutiva, porque como dice un refrán viejo “mientras hay vida hay esperanza” y como la Humanidad tiene una duración indefinida, uno siempre piensa que un día las circunstancias pueden cambiar y las cosas que muchas generaciones esperaron en vano, se presentan: un día se juntan las condiciones objetivas y subjetivas, como decimos los marxistas: las condiciones objetivas y subjetivas confluyen y los cambios se producen. Ahora, en ese sentido también Marx previene que las cosas no vienen como una gracia, como un regalo sino que hay que estar preparado y hay que trabajar en el sentido de que los cambios se produzcan. Y bueno yo creo que la situación actual, el panorama no puede ser más sombrío, para el mundo y también para Costa Rica. En Costa Rica el partido Liberación Nacional ha montado un mecanismo para ganar elecciones, está todo bien aceitado, es una maquinaria muy sencilla, es sobre la base de una propaganda semejante a la propaganda comercial que cala en la gente; y a base del clientelismo, que también han organizado muy bien. La combinación de publicidad y clientelismo le ha dado la victoria en las últimas confrontaciones, incluyendo el referéndum. Hicieron el mismo tratamiento, pero sobre todo en las elecciones, y entonces contra lo que muchos dicen yo creo que es muy difícil que Liberación Nacional pierda las próximas elecciones: sólo tienen que activar los mecanismos que ya tienen listos. En Costa Rica, dentro de las vías pacíficas, lo que hay que hacer en mi criterio (sin dejar de estar atento y de trabajar para que los resultados de corto plazo sean lo

menos lamentable posible) es trabajar para la educación democrática, que en términos marxistas es la principal condición subjetiva para la democracia; o sea, se trata de un trabajo de larguísimo plazo, cuyos resultados no veríamos nosotros. Este camino llevaría a los costarricenses a un punto en donde sería posible una acción masiva para cambiar las estructuras de la comunidad.

Usted puede ahora ver que una parte consciente de la comunidad costarricense conoce muy bien las torpezas, las corrupciones, los desaciertos de la clase gobernante: los criticamos, los tratamos de acusar, pero ellos siguen ganando las elecciones porque hay una masa que se cuenta en cientos de miles que define los resultados; una masa que es impermeable a la crítica, o sea que es incapaz de plantearse el problema en esa perspectiva crítica, es una masa que está de espaldas completamente a la situación política del país; la han educado y la están adiestrando para que no se interese, para que se interese únicamente en el entretenimiento, y en conseguir ciertas ventajas: es una masa que han educado para el oportunismo. Y bueno esa es la masa útil para ganar elecciones, un voto es un voto, de nada sirve que tengamos veinte mil personas con grandes luces, con una consciencia muy clara de la situación, con propuestas extraordinariamente interesantes y beneficiosas si ellos siguen manejando un grupo suficiente para seguir ganando, y ellos lo saben, entonces se burlan de los esfuerzos que hace la gente, se burlan de las críticas, se burlan de las acusaciones, tienen la solución. Entonces mientras no haya un cambio de esa situación vamos a seguir padeciendo esta desgracia.

En consecuencia, mis esperanzas no están puestas en lo que el azar nos depare, sino en la preparación laboriosa y constante de las condiciones que hagan factibles y duraderas la democracia y la justicia social. ¿Seremos capaces de educarnos y endurecernos para emprender las tareas que lleven a ese objetivo? Entonces podemos abrigar esperanza.